

el hierro de su amigo consumó la predicción del sueño (1).»

Por lo que hace á nosotros, no aceptamos la invitación de nuestros huéspedes, no por miedo de hallar entre ellos otro Adrasto, sino por la necesidad de reposo. Les servimos sin embargo dándoles alguna pólvora, y debo aquí pedirles perdón de haber sospechado por un instante de ellos que querían emplearla

contra nosotros. En efecto, á eso de las nueve, cuando creíamos dormidos á todos los habitantes de la aldea, y nosotros también acabábamos de dormirnos, la puerta de la mezquita se abrió estrepitosamente, dando paso á una turba de hombres, de los cuales, algunos llevaban antorchas. Despertamos sobresaltados, é íbamos ya á echar mano á las armas, cuando vimos que se prosternaban humildemente, comen-



Aizani puente y malecón del Ryndaco.—Templo de Júpiter.

zando una triste y monótona salmodia: teníamos cerca de nosotros, en vez de asesinos, orando á una especie de cofradía religiosa.

VIII.

Valle de Rhyndaco cerca de Adriani.—Los Yurukes.—Konak de Harmandjik.—Sepulcros frigos.—Tauchanly.—Llegada á Aizani.

9 de octubre.—Partimos á las siete. Renunciamos á visitar á Adriani, que hemos dejado atrás, y cuyas

(1) Herodot. Hist. S. S. de 36 á 43.

ruinas ofrecen poco interés. Invitamos á nuestro guía á dirigirse hácia Harmandjik, donde pensamos pernoctar.

Después de haber divagado como la víspera por un país montuoso y sombreado de árboles, salimos de los bosques hácia el Mediodía. Un ancho valle se abre ante nosotros: á nuestros pies corre el Rhyndaco por medio de un suelo cultivado; á la izquierda el escarpe meridional del Olimpo aparece como una gigantesca muralla de mármol blanco.

Contemplando este cuadro, entramos en un pueblecillo de cien casas llamado Oranna, y echamos pie á tierra cerca de una fuente. Muy luego nos rodea

una multitud de labriegos de buena fisonomía y bien vestidos, que nos ofrecen con solicitud uvas y huevos.

A la otra parte del valle encontramos unas colinas cubiertas de masas de granito como las mesetas del Olimpo. Entre estas rocas nacen encinas de largas hojas y profundamente lacinadas (*quercus agylops*), variedad propia del Oriente, cuyo fruto, de gran tamaño, está encerrado en un velludo cáliz, semejante á un copo de lana. Estas bellotas sirven para la preparación del cuero, y se les conoce en el comercio con el nombre de agalla de Levante. La encina *agylops* cubre grandes extensiones en el Asia Menor, donde está considerada como una de las riquezas del país.

Entramos otra vez en bosques y montañas, atravesando un campamento de *yurukes* (nómadas).

Después de seis siglos que los turcos abandonaron las estepas de la Tartaria, algunas de sus tribus, las más nobles según dicen (1), no quieren renunciar aun á la vida errante. Es un hecho curioso la coexistencia, en unas mismas comarcas, de una población sedentaria y otra nómada.

Los *turcomanos* habitan particularmente la parte meridional de la Anatolia en los contornos del Tauro: tienen caseríos, cultivan los campos y apacientan sus ganados en las montañas durante el estío solamente.

En cuanto á los *yurukes*, no tienen más abrigo que sus tiendas de pelo de cabra, y no se fijan mucho tiempo en un mismo paraje. Están esparcidos entre el Tmolo y el mar Negro, tomando el Olimpo como



Tchavdir-Hissar (Aizani): el konak.

cuartel general y centro, alrededor del cual van vivaqueando.

En el estío permanecen en las alturas, y mientras que sus camellos, bueyes, carneros y cabras van paciendo por los bosques, ellos se ocupan en aprovechar los pinos, que bajan como pueden, hasta el fondo de los valles. Los cortan á la altura de un metro del suelo para recoger la resina que sale á la superficie del tronco, quemando comunmente los que no pueden cortar, á fin de suministrar más pasto á sus ganados. Cuan llega el invierno, bajan á los valles, dedicándose á alguna industria, especialmente á la fabricación de los *kirimes* (tapices ordinarios).

Están distribuidos en *assiretes*, compuestos de cien, doscientas y hasta de mil familias: al frente de cada uno de estos *assiretes*, cuyo número es de treinta y seis, según dicen, hay un *bey*, jefe omnipotente que gobierna la tribu y la representa en sus relacio-

nes con la Puerta. Este sistema político es el último vestigio de la antigua organización feudal, destruida por el sultán Mahamud. Esfuérganse en Constantino- pla por regularizar poco á poco la situación de los *yurukes* y assimilarlos en lo posible á los demás vasallos del sultán: solo así se ha conseguido, no sin dificultades, hacerles aceptar la ley del reclutamiento. Cada *assiret* paga una contribución anual, que representa á la vez el impuesto y la indemnización debida la Tesoro por la servidumbre de usó que se les permite en las propiedades del Estado.

Las costumbres de los *yurukes* son patriarcales, y los extranjeros, como los del país, nada tienen que temer de parte de ellos; pero cuando han causado al-

(1) La familia turca se enlaza á dos troncos principales: la tribu del *Carnero negro* y la del *Carnero blanco*. Los otomanos provienen de ésta; los seljucidas de aquella, que los nómadas miran también como su origen.

gun daño, no permiten que nadie mas que su bey les haga justicia.

Un comerciante griego me ha referido que hace pocos años le sorprendieron unos malhechores, los cuales les robaron una suma considerable. Algunos dias despues reconoció en el mercado á sus agresores, que eran yurukes, y los delató al mudir, quien atrayéndolos diestramente á su casa, los puso presos. Gran tumulto en la tribu. Llegada la noche, el bey se introdujo en casa del comerciante, y preguntándole sobre el robo, le prometió restituírle la cantidad al dia siguiente; pero amenazándole al mismo tiempo con una venganza terrible si no obtenia él mismo la libertad de los culpables. El comerciante no omitió gestión ninguna cerca del mudir, el cual no se hizo rogar mucho para abrir las cárceles á tan incómodos presos, quedando así arreglado en familia tan enojoso negocio.

Atravesando un torrente uno de los caballos de carga, tropieza, y nuestras cantinas caen al agua. Embarazo y tiempo perdido. La noche nos sorprende en el bosque, por donde muchos guias nos dirigen con suma dificultad. Afortunadamente asoma la luna y vemos que nos hallamos á la salida del bosque. El valle del Rhyndaco se abre ante nosotros, iluminado por las hogueras de los yurukes. A las siete y media entramos en el konak de Harmandjik.

Este konak es la mas notable de las construcciones que hemos visto de su género, y el verdadero tipo de una casa turca bien cuidada. Sin hablar de la elegancia de su fachada, contiene interiormente muchos y grandes repartimientos con esculturas en madera y buenos tapices. El mudir es un empleado de la nueva escuela, como es fácil adivinarlo por su traje y maneras.

Despues de una cena improvisada, se retira discretamente, dejándonos gozar los beneficios del anhelado sueño.

El 10 de octubre caminamos aun algunas horas entre montañas y bosques, atravesando muchos torrentes que van á confluír al Rhyndaco. Los guijarros amontonados en el fondo de estas quebradas y las grandes moles de roca que los ciñen, ofrecen indicios interesantes de los elementos tan variados que han atraído y mezclado las revoluciones contemporáneas á la formacion del Monte Olimpo: el *gneis*, la serpentina, el mármol, el cuarzo silíceo, inmediato á la ágata, se muestran aquí alternativamente.

Al medio dia bajamos de nuevo hácia el Rhyndaco. La pendiente que enlaza la meseta superior al valle, está erizada de rocas de caprichosas formas, efecto de una erupcion volcánica. Un grande bloque de esta especie de toba ha recibido en la cumbre la forma de un frontis, y sobre las paredes se ha hecho una escavacion que concluye por dos pilastras que

sostienen un dintel. Entre estos ornamentos y el frontis hay una abertura, por la cual bajaban los cadáveres á su escavacion interior. Este monumento, es efectivamente un sepulcro antiguo, que data de la época frigia, y tal como los que se hallan en muchos valles del Asia Menor, especialmente en las cercanías de Uschar y de Kara-Hissar.

Llegamos á las orillas del Rhyndaco, cerca del lugarejo de Mahimul. Una hora despues, á las cinco, entramos en Tochanly.

Este pueblecillo es una agrupacion de unas seiscientas casas. Las veinte, poco mas ó menos, que ocupan los armenios, no se distinguen de las de los turcos. Las mujeres permanecen detrás de las ventanas estrechamente enrejadas, y no salen sino con la cabeza velada. En las ciudades donde los cristianos son poco numerosos, la prudencia les dicta oscurecerse todo lo posible.

El mudir de Tochanly, se escusa, por no recibirnos, con la mezquindad de su konak; pero nos conduce casa de un banquero armenio, octogenario, de rostro venerable, á quien una familia numerosa rodea con tierna solicitud y profundo respeto, y que nos recibe con las mayores consideraciones.

Por todas partes, en la Anatolia, entre los musulmanes como entre los cristianos, el respeto de los hijos hácia sus padres nos ha parecido muy notable: mientras estos no los autorizan á sentarse, aquellos permanecen de pie siempre en su presencia.

Los turcos además aman la vida de familia, en donde observan costumbres mucho mas moderadas de lo que generalmente se piensa. La poligamia, autorizada por el Koran, no se acepta sino á título de excepcion, y las mujeres que pueblan los *harenes*, no son esclavas consagradas á los caprichos de su señor, sino compañeras ó criadas de la esposa, que ejerce respecto de ellas una celosa vigilancia.

Partimos de aquí el 11 á las diez de la mañana. Desde Bursa hemos conservado los mismos caballos: están fatigados, y los surudjies no se deciden sino con repugnancia á alquilarlos para dos jornadas mas.

Renunciando á visitar á Kiontaya, capital del *Sandjak* de Kemian, pero poco interesante para nuestras investigaciones, tomamos la direccion de las ruinas de Aizani.

El valle de Tochanly es fértil y mejor cultivado al parecer que todos los que hasta aquí hemos visto. Despues de dos horas de marcha pasamos el Rhyndaco por un puente de madera y costeamos una serie de colinas formadas por grandes acumulamientos de cenizas grises y blancas, á las cuales suceden petrificaciones volcánicas cortadas á pico en forma de altas escarpas, cuyo pie baña el agua de un rio.

Allí aparece la aldea de Ak-Scheher, donde almorzamos cerca de una fuente.

En Dudeph, lugarejo donde hacemos alto para tomar un guia, la poblacion nos rodea con cierta desconfianza, y los zapties logran con mucha dificultad que un aldeano se decida á acompañarnos. Por fin, nuestras promesas seducen á un mozancon, cuyos rasgos acentuados revelan el tipo kabila. Armase de una larga escopeta y parte delante de nosotros con un paso tan ligero que aventaja á la andadura de nuestros animales. Ya anteriormente hemos tenido ocasion de admirar las facultades locomotoras de estos montañeses.

Atravesamos colinas calcáreas, en cuyas pendientes se ocupan los labriegos en esplotar el bosque. Sus carros son las mas veces grandes troncos ahuecados sobre dos ruedas macizas, especie de platillos cilíndricos, sacados de alguna gruesa encina, serrándola á trozos por su base. Estas ruedas, mal ajustadas en derredor de un eje de madera tambien, producen al girar un ruido extraño, semejante á los gemidos de una persona que estuviera en algun apuro á quien se oyerá desde lejos.

En Gueuk-Keui, aldea situada en un valle inculto, vemos un bajo-relieve antiguo representando un leon y sirviendo á una fuente de fachada. Algunos otros mármoles del mismo género, provinientes sin duda del teatro de Aizini, donde hay otros semejantes, yacen dispersos en los campos.

Subimos y bajamos en nuestro camino y Aizini no parece. El sol se oculta tras de un cielo de fuego, y en breve las estrellas solamente nos alumbran; pero su esplendor es tan vivo al través de la purísima atmósfera, que siguiendo agrupados á nuestro guia, podemos caminar seguramente. Por fortuna hemos dejado atrás la region de los bosques y costeamos el valle de Rhyndaco por un terreno de color blanquizco que refleja las débiles claridades de la noche.

A las ocho, la luna asoma por el horizonte, y sus primeros rayos nos muestran á poca distancia delante de nosotros, la columnata del templo de Júpiter y el puente de mármol del Rhyndaco. Atravesamos las ruinas de Aizani para penetrar en el pueblo de Tchavdir-Hissar.

No sin gran trabajo pueden descubrir los zapties el Muktar; porque en Turquía cada cual se encierra en su casa alosurecer. Sin embargo, á las nueve nos hallamos en un konak miserable, pero no falto de originalidad. Hacemos en él una modestísima colacion, y nos acomodamos de cualquier modo para pasar la noche.

IX.

Ruinas de Aizani.—Campesinos de Anatolia.—Los montes Dindiminos y el Temno.—Ghediz.—Ouschak.—La industria de los tapices.—Takmak.—Kula.—Frigia combusta-Zeibekes.—El rio Hermo.—Salikli.

Por mas que Aizani sea una ciudad antigua, fun-

dada segun dice un historiador por Aizen, hijo de Tántalo, en la historia no tiene importancia ninguna; pero el estado de conservacion y el imponente aspecto de sus monumentos bien merecen la atencion de los viajeros. Estas ruinas, conocidas en Europa hace cuarenta años tan solo, han sido muchas veces descritas, y yo por mi parte, no entraré en sus pormenores: el lector tiene á la vista una reproduccion fiel de las mas interesantes, de los edificios que aun se ven en Aizani. El teatro, el estadio, el puente, los malecones del Rhyndaco, y sobre todo, el templo de Júpiter, gracioso modelo del estilo jónico, cuya perfecta armonía parece revelar un origen anterior á la dominacion romana.

Las inscripciones latinas y griegas, contemporáneas al emperador Adriano y grabadas en sus muros, datan probablemente de una época posterior á su construccion.

Las colinas de los alrededores están formadas de rocas calcáreas que han suministrado buenos materiales á los monumentos de la ciudad. El fondo del valle es un terreno de aluvion, del cual los habitantes sacan al parecer muy buen partido. Su porte y hasta sus fisonomías dan lugar á suponer que gozan cierto bienestar. Es de notar, y es un fenómeno curioso, que si en la Anatolia el aspecto general del pais indica un estado de decadencia y revela la falta casi completa de condiciones económicas, bajo cuya influencia puede un pueblo prosperar, los particulares sin embargo, y especialmente los habitantes del campo, no parecen reducidos á un estado miserable, y rara vez hemos encontrado mendigos.

En los pueblos en que parábamos, siempre encontramos víveres de buena calidad, que se nos ofrecian con la mas cordial solicitud; y si la mayor parte de las casas presentan mezquina apariéncia, sus habitantes en lo general van muy bien vestidos. La holgura de sus trajes, la variedad de los colores, la imponente forma de los turbantes que coronan sus rostros varoniles, la gravedad de sus maneras, comunican á toda su persona un carácter de dignidad verdaderamente notable.

Tres causas pueden explicar el bienestar relativo que se observa entre los habitantes de la Anatolia. El pais es vasto y naturalmente fértil, la poblacion escasa (1), pocas sus necesidades. Estas circunstan-

(1) Entre las causas que contribuyen á detener el acrecentamiento de la poblacion es menester contar las cargas del servicio militar. La contribucion de sangre tambien existe en Turquía. A falta de los empadronamientos del Estado civil (que parece han de establecerse ahora), el *mudir* de la casa, asistido de su *medjli*, designa los mozos que cree haber llegado á la edad en que se pueden tomar las armas, y los sortea; pero aquellos á quienes favorece la suerte, no quedan absolutamente exentos del servicio, si no obtienen el mismo favor en los cinco sorteos sucesivos. La duracion del empeño está fijada en cinco

cias, sin favorecer el desenvolvimiento de la fortuna pública y el progreso de la civilización, aseguran á los individuos medios suficientes de existencia.

La mayor parte de los pueblos primitivos han sido lo mismo, y nuestros padres, en la edad media, parecen haber pasado por una fase semejante.

Así, á la vuelta de un viaje al interior de la Anatolia, puede uno imaginar el aspecto que ha debido ofrecer nuestra Europa hace quinientos años, lo que



Ghediz (antigua cadí) y el rio Hermo junto á su origen.

cil todavía encontrar algunas analogías. Los turcos, tomados en masa, poseen la fe bajo sus diversas for-

años, pero no es raro que una decision de la autoridad la prolongue arbitrariamente. El soldado, en fin, recibe su licencia, pero queda inscrito en las listas de un batallón de *redif* (reserva), donde está á disposicion del Estado hasta los cincuenta y cinco años. Estos cuerpos de milicia pasiva están compuestos de hombres del mismo distrito, que viven así en sus propios hogares; sin embargo, pueden, si las circunstancias lo exigen, ser enviados á los confines del imperio. Semejante organizacion es evidentemente la causa principal de la decadencia de la agricultura en Turquía y de la degeneracion de la raza dominante. Mientras que no se modifique no hay que sentir por los *rayas*

seria en ella la cultura de los campos, la policia de las ciudades, el estado de las vias de comunicacion, cómo se viajaria, cómo se comerciaria, la seguridad con que se contaria, cuál deberia ser la naturaleza de las relaciones sociales, en qué límites, en una palabra, podria el hombre disponer de sus facultades naturales.

En cuanto al carácter moral, á pesar de enormes diferencias emanadas del genio y de las instituciones tan desemejantes del Oriente y del Occidente, es fá-

mas, y esa serenidad de alma, esa fuerza de resignacion, esa tranquilidad que de ella emana. La disposicion religiosa de su espíritu se traduce al exterior, no solamente por la exactitud con que cumplen sus plegarias, ya en las mezquitas, ya en sus casas ó en medio de los campos, donde se les ve con frecuencia

que la desconfianza de los *osmalis* prosiga negándoles la entrada en el ejército, ó imponiéndoles la obligacion de redimir el servicio por una módica cantidad. Acaban de ser admitidos en la escuela militar abierta hace pocos años en Constantinopla algunos jóvenes cristianos, síntoma es este de una trasformacion no muy lejana.

prosternados, sino tambien por los sentimientos de respeto y de confianza en la divinidad de lo que se halla empapado su lenguaje: Inch Allah (Plegue á

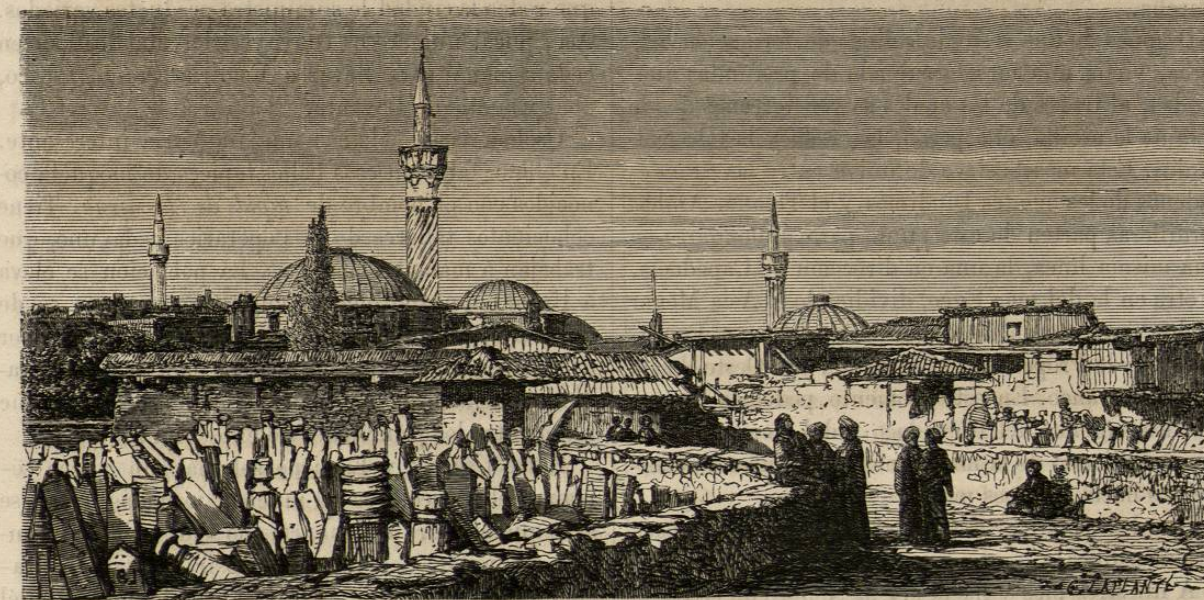
Dios), Allah Kerim (Dios es misericordioso). No hay una de sus frases donde no se encuentren estas locuciones.



Azani: ruinas del teatro y del estadio.

Viven con poco y con poco son felices: contemplar el espectáculo de la naturaleza, soñar fumando su *tchibuck*, sorber algunas gotas de café... hé aquí, entre todos los placeres, los que mas aprecian.

No conocen el lujo; pero en el repartimiento de sus casas, en la forma del pequeño número de muebles que forman su menaje, en sus trajes sobre todo, y en el conjunto de sus costumbres, hay un senti-



Uschak.—Entrada de la ciudad por la parte de los cementerios.

miento de arte y una poesia natural casi desconocida hoy entre nosotros.

Su conmisericordia para con los desvalidos, su hos-

pitalidad para los extranjeros, su fidelidad en cumplir sus compromisos son proverbiales.

Otro tanto diré de esa dignidad, de ese respeto con-